

Blog Bibliotecario

Compilación de entradas #25

Edgardo Civallero

¡Dadme el banjo!

En junio de 1865, el pianista estadounidense Louis Moreau Gottschalk, un virtuoso que se había hecho cierto renombre interpretando temas románticos, visitaba San Francisco como parte de una de sus giras. Uno de los críticos de espectáculos locales de aquel entonces era, a la sazón, un joven periodista que recién iniciaba su carrera y que, años más tarde, se convertiría en uno de los escritores más ácidos y mordaces de su tiempo: Mark Twain. Así hablaba Twain del arte del piano en el *San Francisco Dramatic Chronicle* del 23 de junio, en una columna titulada "Enthusiastic Eloquence" [Entusiasta elocuencia] que traduzco a continuación de forma aproximada:

Me gusta bastante Gottschalk. Probablemente saca del piano todo lo que se pueda sacar de él. Pero el hecho puro y duro es que todo lo que saca es "tum, tum". Saca mucho más "tum, tum" del instrumento, y mucho más rápido, que la hija de mi casera, Mary Ann; pero, a la postre, todo se reduce a "tum, tum". La diferencia entre Gottschalk y Mary Ann es una cuestión de cantidad; y en lo que a cantidad se refiere, él la vapulea por tres a uno. El caso es que el piano puede valer para niñas enamoradizas, que se enlazan a esqueletos y almuerzan tizas, pepinillos y lápices de pizarra. A mí, dadme el banjo. Comparar a Gottschalk con Sam Pride o con Charley Rhoades es como comparar un cóctel Dashaway con un ponche de whisky fuerte. Cuando queráis una música genuina –una música que volverá siempre a vosotros como una moneda falsa, que empapará vuestro sistema como whisky de estircina, que os atravesará como pastillas Brandreth, que se extenderá por vuestro cuerpo como el sarampión, y que se abrirá paso a través de vuestra piel como las plumas a través de la de un buen ganso– cuando queráis todo eso, ¡haced trizas vuestro piano e invocad al glorioso y radiante banjo!

La frase central de esta crónica, "Give me the banjo", da título a un reciente documental (Marc Fields, 2011) relatado por el comediante estadounidense Steve Martin, que resulta ser un excelente intérprete del instrumento. La película recorre la historia del

banjo en los Estados Unidos, dejando claro desde un primer momento que a estas alturas ya no se puede narrar dicha historia como se hizo en el pasado, evitando o pasando de puntillas por temas tan dolorosos y espinosos como el racismo, la esclavitud, la misoginia, la explotación y el robo... Pues el banjo, esa "marca identitaria" estadounidense tan apreciada hoy como lo era en tiempos de Twain (y prácticamente por las mismas razones), es el derivado de varios instrumentos de cuerda africanos llegados a América del Norte en las bodegas de los barcos que traficaban con seres humanos. Los primeros banjos, pues, fueron construidos y tocados por esclavos para interpretar lo que en aquella época (principios del siglo XIX) no era más que "música de negros".

Desde 1830 en adelante, la comunidad afrodescendiente estadounidense y sus principales costumbres y expresiones culturales comenzaron a ser caricaturizadas en los *minstrel shows*, el espectáculo más aclamado de ese periodo. Apreciado y disfrutado por todas las clases sociales por igual (excepto, probablemente, por los propios afroamericanos, a quienes nadie nunca les preguntó su opinión al respecto), incluía números de variedades, baile y música, en su gran mayoría interpretados por *blackfaces*, artistas blancos maquillados como negros (una "costumbre" que duraría hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX). Los estereotipos que se utilizaban a mansalva en los *minstrel shows* terminaron degradando la cultura africana y trivializando su realidad y sus problemáticas cotidianas.

Y ahí estaba el banjo, poniéndole el marco sonoro a aquel fenómeno.

Donde quiera que fueran los estadounidenses –la "conquista del oeste", la fiebre del oro–, allí iban los *minstrel shows* y, con ellos, el banjo y los estereotipos. Curiosamente, esas representaciones (en las que destacaron grandes figuras, como el célebre Joel W. Sweeney) fueron transformando la percepción que el público tenía del instrumento: pasó de ser algo "negro" (con todo lo que ello conllevaba) a ser parte de la cultura colectiva, algo que pertenecía a todos; además, era tan popular que era deseable

poseerlo y aprenderlo a tocar, sin importar en absoluto su origen. Esa creciente popularidad (sobre todo en áreas rurales) hizo que, a partir de cierto punto, ya no fuese necesario que el intérprete construyera su banjo, como había ocurrido en gran medida hasta entonces: aprovechando la oportunidad de negocio, el cordófono comenzó a fabricarse en las grandes ciudades. Hubo tal demanda que, al parecer, durante la Guerra de Secesión (1861-1865) no había suficientes ejemplares para cubrirla.

Tras la guerra civil, constructores como A.C. Fairbanks o S.S. Stewart diseñaron y lanzaron al mercado instrumentos pensados para hombres y mujeres "respetables" y para ser tocados en lugares "cultos". Reinventar el instrumento con un nuevo diseño y nuevos materiales procesados mediante técnicas modernas, transformando algo campesino y artesanal en algo urbano e industrial, no fue suficiente: también se reinventó la música que ese instrumento interpretaba. Se logró, pues, separar el banjo de su cultura matriz afroamericana y de la cultura rural y campesina a la que ya había quedado asociado, para así poder ofrecerlo al blanco citadino de clase media "libre de impurezas".

El banjo no ha sido el único instrumento en las Américas que sufrió un proceso semejante. El charango, las zampoñas, la quena y otros instrumentos andinos fueron separados, en un momento determinado del siglo XX, de su contexto indígena (tocar un instrumento "indio" era algo socialmente condenable) y convertidos en "otra cosa". Ya fuese a través del empleo de nuevos materiales y de técnicas de construcción occidentales, ya a través de afinaciones temperadas y sonidos estandarizados, ya a través de la elección de nuevo repertorio y la difusión de formas de interpretación europeas, esos instrumentos fueron despojados de buena parte de los rasgos que los acercara a su origen y naturaleza indígena y fueron convertidos en simples flautas, guitarrillas y flautas de Pan; manteniendo unos niveles de "indigenidad" tolerables (no tanto como para que el intérprete pareciese un "indio", pero lo suficiente como para que resultase exótico), esos instrumentos podían ser y fueron usados indistintamente para interpretar una zamba, un huayno, un tango, una canción de Simon & Garfunkel,

una cumbia o un minueto de Bach. Los mismos que no querían ni siquiera tener cerca a un indígena en las calles de sus ciudades escuchaban la quena mágica de fulano o el veloz charango de mengano, e incluso intentaban emularlos. Etnomusicólogos y antropólogos, un puñado de grupos musicales comprometidos con su cultura y algunos movimientos sociales indígenas comenzaron a poner las cosas en su sitio a partir de los 80'. Es una tarea aún en desarrollo; es muy difícil dar vuelta al modelo cultural dominante-excluyente, pero no imposible.

Con el banjo está ocurriendo algo similar. A lo largo del siglo XX ha tenido muchísimos usos, ha estado en manos de figuras de la talla de Pete Seeger, y ha sido protagonista o partícipe de muchos movimientos musicales/culturales. Pero sus raíces nunca dejaron de estar en las comunidades afroamericanas. En realidad, en las comunidades rurales de todo Estados Unidos. Y en los últimos tiempos, esas comunidades están –por contradictorio que suene– recuperando lo que siempre fue suyo, y dedicándose a mostrar las formas auténticas y tradicionales de ejecución, y los repertorios de siempre: esa música de raíz que no puede separarse (a pesar de los muchos intentos) de colores de piel, de historias de privaciones y sufrimientos, de dolores y pobrezas, de olvidos... Porque es precisamente eso, todo eso, lo que hace que el banjo sea el banjo.

Y que su sonido moviese a un tipo como Mark Twain a pedir que, en cuestiones de música, a él le ahorraran tonterías y le dejaran con el repique visceral y apasionado de esas cuerdas.

***The Book of Days* – Recordando el 5 de noviembre**

"The Book of Days" –el Libro de los Días– es, según indica el subtítulo original, "una miscelánea de antigüedades populares relacionadas con el calendario, incluyendo anécdotas, biografías, historia, curiosidades literarias y rarezas de la vida y el carácter huamno". Editado por el polifacético autor escocés Robert Chambers (1802-1871) en 1864, en dos volúmenes dotados de numerosos y elaborados grabados e ilustraciones, fue recientemente re-publicado en 2004 por Chambers Harrap Publishers.

La obra tiene una estructura similar a la de las modernas efemérides, con un calendario en el cual figuran, día a día, hechos, costumbres, nombres ilustres, festejos y un largo etcétera. Lejos de ceñirse al típico estilo telegráfico de las efemérides, Chambers se tomó el trabajo de escribir largos y bien documentados textos para cada elemento que incluyó en sus "Días". Así, describió eventos históricos importantes, la vida de sus contemporáneos (de todas las clases sociales), y costumbres de todos los rincones del mundo, reflejando a la vez una parte nada despreciable del pensamiento de la época.

La intención del autor era que el lector se sentara al menos una hora cada noche a deleitarse con un par de fragmentos de cultura general –los que tocaran para ese día– que nutrieran su intelecto. Una intención que en este mundo actual de desinformación e idiotización masiva suena a verdadera utopía.

Para el 5 de noviembre, Chambers seleccionó el *Guy Fawkes' Day*, una celebración popular británica (trasladada a algunas de sus colonias) que solía festejar el fracaso del rebelde católico británico Guy Fawkes (http://en.wikipedia.org/wiki/Guy_Fawkes) (1570-1606). Fawkes y sus compañeros planearon el célebre *Gunpowder Plot* ("Complot de la pólvora"): volar la Cámara de los Lores de Londres con el rey protestante James I y los miembros del parlamento dentro, para colocar en el trono a una reina católica. Fawkes fue apresado bajo el Palacio de Westminster mientras vigilaba la enorme carga

de pólvora destinada a reventar el edificio. Bajo tortura, reveló el nombre de sus secuaces. Todos ellos fueron ejecutados de la forma más terrible, la reservada a los traidores en Inglaterra: ahorcados, destripados y descuartizados. Fawkes se libró del suplicio saltando desde la horca en el último momento y partiéndose el cuello en el acto.

Durante el *Guy Fawkes' Day* se fabricaba un monigote –el *Guy*, de donde deriva el actual término *guy*, que en inglés coloquial significa "tipo", "fulano", "individuo"– que se paseaba en procesión y terminaba ahorcado y quemado en una hoguera, con mucho fuego de artificio. Nos hemos familiarizado con el personaje central de esta festividad anglosajona gracias a la novela gráfica "V for Vendetta" (http://en.wikipedia.org/wiki/V_for_Vendetta) (escrita por Alan Moore, ilustrada por David Lloyd, publicada por DC Comics/Vertigo en los 80') y, sobre todo, merced a su adaptación al cine (http://en.wikipedia.org/wiki/V_for_Vendetta_%28film%29) en 2005. El "héroe" de esa historia, "V", un anarquista que lucha contra un régimen totalitario, se ocultaba bajo una máscara de Guy Fawkes diseñada por Lloyd que terminó volviéndose icónica. El mensaje político que lanzaron novela y película se replicó, y la estilizada careta de Fawkes, con esa sonrisa tan característica, se convirtió en el símbolo de distintos grupos, como por ejemplo Anonymous (desde 2008).

He aquí la traducción de lo que cuenta Chambers sobre el Guy Fawkes' Day en las correspondientes páginas de su "The Book of Days".

Hasta hace poco, un servicio especial para el 5 de noviembre formó parte del ritual del Libro de Oración Común de la Iglesia de Inglaterra; pero por una ordenanza reciente de la Reina en el Consejo, este servicio, junto con los del Martirio de Charles I, y la Restauración de Charles II, ha sido abolido. La designación de este día como festivo data de una ley promulgada por el Parlamento británico en enero de 1606, poco después de

que la Legislatura escapara por poco de las maquinaciones de Guy Fawkes y sus confederados.

Sin embargo, no es probable que la llamada *gunpowder treason* ["traición de la pólvora"] sea olvidada, siempre y cuando el festival conocido como *Guy Fawkes' Day* sea mantenido por la juventud inglesa, que todavía considera el 5 de noviembre como uno de los días más felices del año. El modo de observar la fiesta a lo largo y ancho de Inglaterra es vestir a un espantapájaros con todo tipo de harapos (la pieza que compone la cabeza es, por lo general, de papel, pintada y adornada con cintas de papel anudadas), hacerlo desfilarse en una silla por las calles y, al caer la noche, quemarlo con gran solemnidad en una gran hoguera. Se supone que la figura representa a Guy Fawkes; de conformidad con tal idea, siempre lleva una linterna sorda en una mano y un manojito de cerillas en la otra. La procesión visita las diferentes casas del barrio una tras otra, repitiendo la tradicional rima:

*Remember, remember
the fifth of November,
the Gunpowder treason and plot!
There is no reason
why the Gunpowder treason
should ever be forgot!*

[¡Recuerda, recuerda
el cinco de noviembre,
la traición y el complot de la pólvora!
¡No hay ninguna razón
para que la traición de la pólvora
sea olvidada alguna vez!]

Existen numerosas variaciones y adiciones a esta estrofa en distintas partes del país. Así, en Islip, Oxfordshire, se cantan las siguientes líneas, de acuerdo a lo que señala Sir Henry Ellis en su edición de *Brand's Popular Antiquities*.

*The fifth of November,
since I can remember,
gunpowder treason and plot.
This is the day that God did prevent
to blow up his king and parliament.
A stick and a stake
for Victoria's sake;
if you won't give me one,
I'll take two:
the better for me,
and the worse for you.*

[El cinco de noviembre,
desde que tengo memoria,
la traición y el complot de la pólvora.
Este es el día en que Dios impidió
que volara su rey y el parlamento.
Un palo y una estaca
por Victoria;
si no me das uno,
tomaré dos:
el mejor para mí,
y el peor para ti].

Una costumbre se mantuvo siempre en estas ocasiones: la de pedir dinero a los transeúntes mediante la fórmula "¡Para recordar a Guy!", "¡Por favor, para recordar a Guy!" o "¡Por favor, para recordar la hoguera!"

En otros tiempos, en Londres, la quema de la efigie de Guy Fawkes el 5 de noviembre fue una ceremonia muy importante y portentosa. La hoguera en Lincoln's Inn Fields se solía llevar a cabo a una escala sin precedentes. A veces se consumían doscientas carretadas de leña en un único fuego, mientras que más de treinta Guys eran colgados de horcas y enviados a las llamas. Otra enorme hoguera era alzada por los carniceros de Clare Market, que en la misma tarde desfilaban por las calles con gran fuerza, dando una serenata a los ciudadanos con la famosa melodía de "*marrow-bone-and-cleaver*". El alboroto producido en la ciudad por los gritos de la multitud, el tañido de las campanas de las iglesias y la confusión general que prevalecía apenas si puede ser imaginado por un individuo de nuestros días.

El fermento ocasionado en todo el país por la "Agresión Papal" de 1850 dio un nuevo rumbo a los genios juguistas del 5 de noviembre. En lugar de Guy Fawkes se quemó en Londres una efigie del cardenal Wiseman, entonces recién nombrado "Arzobispo de Westminster" por el Papa. En 1857, un honor similar fue concedido a Nana Sahib, cuyas atrocidades en Cawnpore [rebelión de Kanpur, India] en julio habían arrancado un grito de horror en todo el mundo civilizado.

La oportunidad también es aprovechada por buena parte de esa numerosa clase londinense que obtiene su sustento nadie sabe exactamente cómo, para ganar unos peniques desfilando por las calles el 5 de noviembre con figuras gigantescas representando a las principales celebridades del momento. A veces son bien ingeniosas, y la curiosidad de los transeúntes, que se detienen a mirarlas, se grava con la contribución de una moneda de cobre.

The Potteries

John B. Priestley fue un ensayista, novelista y dramaturgo inglés; un creativo hombre de izquierdas. Saltó a la fama con su novela *The Good Companions* (1929), y esa fama ya no lo abandonó nunca. Sus escritos están llenos de vigor, de un humor indudablemente británico, de un fino sentido de la observación y de palabras correctas usadas en el momento oportuno. En definitiva, leerlo (sobre todo en su lengua original) es un verdadero placer.

En una selección de textos literarios sobre Inglaterra y sus habitantes titulado precisamente *England and the English* (Longmans, 1965) me topé con un fragmento de una de sus obras, *English Journey* (1934), un diario de viaje en el que relata lo que vio (con una mirada muy crítica y muy socialista, por cierto) durante un recorrido por su país en tiempos de la Gran Depresión (la década de los 30'). El fragmento en cuestión pertenecía al capítulo titulado "To The Potteries". *The Potteries* (literalmente, "las cerámicas") era el nombre que solía recibir la región de North Staffordshire (noroeste de Inglaterra) desde el siglo XVII, pues allí se agrupaban las principales fábricas de loza y vajilla debido a la abundancia de recursos minerales. Hoy los restos de los antaño numerosísimos talleres (y algunas empresas sobrevivientes) se encuentran dentro del trazado urbano de la ciudad de Stoke-on-Trent.

El texto completo de *English Journey* es tan vívido y se difundió tanto que en 1983 Beryl Bainbridge publicó un libro con el mismo título, rehaciendo el trayecto original de Priestley y anotando los cambios. Más recientemente, una periodista de *The Guardian*, Margaret Drabble, recorrió la ruta de *The Potteries* y los escenarios descritos en ese capítulo. Traduzco y comparto, a continuación, algunos párrafos que muestran cómo eran las tareas "artesanas" de la zona a principios del siglo XX.

Tazas, platillos, fuentes, platos, jarras, teteras, cuencos... Los he estado usando durante casi cuarenta años. ¿Alguna vez me he preguntado cómo se hicieron? No. En todos esos años no dediqué ni cinco minutos a preguntarme cómo se hacían. En lo que a mí respectaba, y por lo que a mí me importaba, ya podían haber crecido en los árboles, o haber sido pescados en el mar. Hoy echo la vista atrás y miro a ese viejo e ignorante yo pre-Potteries con el desprecio que el fulano merece. He estado tras la escena de la fabricación de vajilla. Soy prácticamente uno más de los muchachos de la cerámica. Cuando ceno fuera suelo dar vuelta los platos para ver quién los hizo.

Ahora sé cómo las jarras adquieren sus asas y las teteras sus bocas. He presenciado el nacimiento de gigantescos platos para carne. Podría esbozarles, con estas dos manos, la historia de la infancia de una jarra o de una camada de hueveras. ¿Cómo es que esas tazas y platillos y platos llevan líneas doradas y adornos florales, e incluso imágenes completas? Ustedes –y me estoy dirigiendo ahora al profano y zafio público en general– no lo saben. Pero yo sí, pues estuve allí cuando ocurrieron los hechos.

Toda esta carga de saber viene de haber visitado The Potteries. Pensé que me gustaría echar una ojeada al oficio. Sin embargo, no hay ojeadas que valgan en The Potteries. O te quedas fuera o entras y echas un buen vistazo. Todo, o nada.

Había preparado visitas a dos empresas, empresas muy buenas, con una excelente tradición que databa de mediados del siglo XVIII. Me las escogieron mis amigos de Staffordshire como representativas de la rama más decorativa de la industria. El primero de los talleres que visité fue el de los señores Adams. Allí me proporcionaron un guía, un capataz joven, tipo fornido y muy bien informado, vestido con un overol marrón, muy agradable e inteligente, aunque algo dado a ser agresivamente sentencioso. Tenía la manía –aunque más tarde me di cuenta de que de ninguna forma era sólo suya– de referirse a todos los trabajadores como "damas" o "caballeros", en completa oposición a esos militantes demócratas que llaman "camarada" a todo el mundo. Así, este guía no decía "Esos hombres de allí están haciendo platos", sino "Esos caballeros están haciendo

platos". No decía "Aquí, las mujeres y las niñas están poniendo asas", sino "Estas damas están poniendo asas". Incluso las niñas de dieciséis años, pringosas de tinta de impresión o pintura, y los chavales de diecinueve años cubiertos de barro, se convirtieron en damas y caballeros. Este hábito dio a la visita de esta robusta y vieja industria un toque curiosamente elegante y afeminado, aunque no hubiera nada de elegante o de afeminado en mi guía, que fijaba en mí su aguda mirada y me soltaba, de forma agresiva: "Ahora fíjese en estas herramientitas que este caballero está usando. Todo el lote no costaría más de seis peniques, ¿no es así? Ya. Cositas simples y caseras, ¿verdad? Ya. Buenos, pues hemos estado usando cositas como estas por más de cien años, y no se pueden mejorar. No se puede. Lo sabemos porque lo hemos intentado. Pregúntele si no a este caballero, él se lo va a decir. Le apuesto lo que quiera a que no puede encontrar mejores herramientas para la tarea que estas cositas". Y yo respondía, de la manera avergonzada inevitable en estas ocasiones, que estaba seguro de que tenía razón. Todos eran agradables e inteligentes, pero agresivos en este sentido. Nos deteníamos a ver a un hombre –perdón, a un caballero– trabajando en algo y mi guía decía: "Usted estará pensando que esto parece fácil, ¿verdad?" y el otro individuo se daba la vuelta y decía: "Sí, ya, todos se creen que esto es fácil, hasta que lo intentan", y ambos fijaban en mi sus pequeños y agudos ojos, como si mi torpe ignorancia estuviera tratando de negarles el fruto de años de aprendizaje y cuidadosa destreza; y yo me preguntaba si responder "Sí, parece muy fácil" sólo para complacerlos y darles pie, o si responder con sinceridad: "No, no se ve fácil, aunque no tengo ninguna duda de que si me hubiera pasado años sin hacer otra cosa, podría hacerlo tan diestramente como ustedes". En realidad, siempre me decanté mansamente por la primera actitud, la del ignorante que piensa que todo es fácil, y así les di a todos la oportunidad de ser beligerantemente informativos, lo que a ellos les agradó y a mí no me hizo ningún daño real. Y no había nada chapucero en la actitud de mi fornido amigo del overol marrón. Yo había llegado allí para ver cómo se hacían las cosas, y su ocupación aquel día era mostrármelo. Y lo hizo.

[...]

Hoy en día hay científicos e ingenieros trabajando en estos sitios, pero los fundamentos del oficio no han cambiado. Estos obreros de North Staffordshire y los alfareros del antiguo Egipto comparten la misma habilidad, y si pudieran reunirse y encontrar un lenguaje común, no hay duda de que tendrían mucho que decirse los unos a los otros. Aquí, en pocas palabras, uno se encuentra con una industria moderna enraizada en un oficio tradicional. Hay una tradición viva incluso entre estos empresarios modernos. Vi a un hombre realizar la difícil operación de "lanzar" grandes platos para carne. Para ello tomaba un pedazo de arcilla que había sido golpeado hasta alcanzar más o menos el grosor adecuado, y lo colocaba rápidamente en un molde de yeso de París. Este molde se hacía girar a distintas velocidades y, mientras giraba, el "lanzador" iba ajustando hábil y rápidamente la arcilla al molde y nivelando el espesor del embrionario plato. Dado que el movimiento es circular y el plato no, este proceso es extremadamente difícil y exige un sentido del tacto altamente entrenado; uno que, tras un humillante medio minuto, descubrí que no poseo. Pero ese hombre había estado lanzando platos grandes y pequeños toda su vida, y su padre, y su abuelo antes que él, habían estado lanzando platos grandes y pequeños. A esas alturas ya se había convertido en un oficio familiar. Hasta donde sé, ya estaban empezando a nacer con la capacidad de "lanzar", y lanzaban pequeños platos imaginarios en la misma cuna. Sea como sea, lo que es cierto es que este profundo elemento artesano, del que pueden estar y están personalmente orgullosos, elimina a todos estos hombres de las filas de los ordinarios obreros modernos. No están haciendo un mero trabajo de tanto a la semana. Son artesanos. Están haciendo algo que nadie puede hacer mejor, y ellos lo saben. Cuando llegan al trabajo no se achican, como hace hoy en día la mayoría de los trabajadores dejando sus personalidades atrás al momento de marcar entrada; por el contrario, estos hombres – y, sin duda, muchas de las mujeres– se vuelven más ellos mismos, refuerzan sus personalidades, simplemente porque es aquí en donde pueden utilizar sus destrezas y dar salida a su entusiasmo. La mayoría trabaja directamente haciendo vajilla, y no me cabe duda de que, siendo la industria cerámica lo que es hoy en día, tienen que hacer un uso completo de esas destrezas y de ese entusiasmo para poder llevar a casa un salario decente al final de la semana. A pesar de ello, estoy convencido de que la mayoría

de estos hombres rechazaría desdeñosamente hacer un mal trabajo, aún en el caso de no correr peligro de ser descubiertos. Su orgullo no les permite ser descuidados. Por esta razón se los deja trabajar sin supervisión, se confía en ellos y se los respeta. El feliz resultado puede leerse en sus rostros. Hay que caminar mucho estos días para encontrar una mirada similar.

Alentado por el guía atravesé, una tras otras, largas salas resbaladizas de arcilla, y vi a damas y caballeros de todas las edades y tamaños dando forma a tazas, platillos, teteras y jarras; moldeando mangos y boquillas (con un corte de un cuchillito a través de la arcilla conseguían el ángulo correcto para que el mango se adaptara al lado curvo de las teteras y las jarras); poniendo calcomanías que dejarían patrones sobre la cerámica; pulverizando colores sobre jarrones que giraban (un trabajo terriblemente sucio, media hora del cual, con un glorioso azul o un escarlata cargado en el aerosol, me quitaría más de un ataque de depresión); o pintando líneas doradas, hojas verdes o rosas en la loza de calidad superior, la mayoría de la cual, creo, sería de mayor calidad si no reflejara en su decoración el gusto de los años cincuenta [del siglo XIX] y de la Gran Exposición [*The Great Exhibition*, Londres, 1851].

En el corazón del mar

Uno de los estrenos cinematográficos que ofrece la cartelera en este cierre de 2015 es *In the Heart of the Sea*, la adaptación a la gran pantalla de la novela homónima del estadounidense Nathaniel Philbrick, una obra publicada en 2000 y ganadora del *National Book Award for Nonfiction* de ese año. Libro y película narran, con distintos grados de respeto a la realidad histórica, las desventuras del ballenero *Essex*, un barco de Nantucket (EE.UU.) que en 1820 fue atacado y hundido por un cachalote en alta mar, dejando a sus tripulantes varados en el medio del océano Pacífico, a 3700 km al oeste de las costas sudamericanas.

Si el argumento suena conocido es porque Herman Melville se inspiró en el testimonio de uno de los ocho supervivientes del *Essex* para escribir *Moby-Dick* (1851). La realidad, sin embargo, supera –como siempre– cualquier ficción posible.

El *Essex* no era un barco nuevo. Tampoco era grande, ni tenía el tonelaje apropiado para dedicarse a la caza de ballenas. Sin embargo, sus viajes solían dar buenos réditos (contados en barriles de aceite), de modo que se ganó un cierto renombre como navío "afortunado". Y ya se sabe que, entre la gente de mar, los renombres y las leyendas suelen pesar tanto o más que los hechos.

El barco zarpó de la isla de Nantucket –un afamado puerto ballenero ubicado frente a las costas del estado estadounidense de Massachusetts, en el océano Atlántico– el 12 de agosto de 1819. Si todo iba según los planes, realizaría un viaje estándar de dos años y medio a los caladeros de las costas occidentales de Sudamérica. Iba capitaneado por George Pollard, que con sus 29 años era uno de los hombres más jóvenes de la época al mando de un ballenero, y llevaba como primero de a bordo a Owen Chase, de 23 años. Estaba provisto de cinco botes de 8 m de eslora, que eran los utilizados para arponear

las presas, y contaba con una tripulación de 18 hombres, entre los que se encontraba un jovencito de 14 años, Thomas Nickerson.

Dos días después de abandonar Nantucket, una turbonada embistió al *Essex*, lo tumbó sobre un costado y a punto estuvo de hundirlo. Perdió el juanete –una de las velas– y dos de los botes, en tanto que un tercero quedó severamente dañado. A pesar de semejante descalabro, el capitán Pollard decidió seguir viaje sin reparar la vela ni reponer los botes y, así, bordearon el Cabo de Hornos en enero de 1920. El pasaje de aquel emblemático extremo geográfico tomó cinco semanas, un tiempo exageradamente dilatado incluso para aquella época de lentas travesías a vela. Este hecho, unido al accidente anterior, hizo que la tripulación comenzara a hablar de malos augurios. Sin embargo, las murmuraciones se dejaron de lado, pues una vez en aguas del Pacífico sur comenzaba la caza. El navío fue subiendo por la costa oeste sudamericana hasta llegar a la hoy famosa playa de Atacames, en Ecuador, sin encontrar apenas ballenas: el área estaba sobreexplotada.

Fue allí en Atacames en donde los marineros del *Essex* oyeron hablar de unos nuevos caladeros ubicados a unos 4600 km al sur y al oeste, en medio de los Mares del Sur, en una zona prácticamente desconocida, con abundantes islas que las leyendas poblaban de caníbales, y peligrosamente alejada de tierra firme. La distancia era inmensa, descomunal para la navegación de aquellos días (y lo sigue siendo, incluso para la navegación actual). Sin embargo, Pollard y los suyos no podían volver a Nantucket con las manos vacías, y dados los magros resultados obtenidos hasta el momento, apostaron por aquellos nuevos y remotos "campos". Antes de enfilarse hacia el sur, empero, se dirigieron a isla Floreana (entonces Charles Island), en las Galápagos, en donde los balleneros solían aprovisionarse de comida y agua. Debido a la necesidad de realizar algunas reparaciones, se detuvieron primero en isla Española (entonces Hood Island), en octubre de 1820. Allí, y en el plazo de una semana, capturaron 300 tortugas gigantes. Luego se desplazaron a Floreana, en donde atraparon 60 tortugas más, y en donde

desataron un fuego que arrasó toda la ínsula; según se cree, el incendio resultó en la extinción de dos especies endémicas.

Una vez puesto el rumbo hacia los Mares del Sur, la tensión fue creciendo con el paso de los días, especialmente debido a la falta de presas. Finalmente, el 20 de noviembre de 1820 el vigía anunció que había divisado los blancos surtidores de vapor provocados por las ballenas al respirar. Se trataba de un grupo numerosos de cachalotes, de modo que los tres botes del *Essex* salieron en su persecución. Mientras unos cazaban y otros regresaban al barco para unas reparaciones en su bote, la tripulación del navío se percató de la presencia de un descomunal macho de cachalote, de unos 26 m de longitud, que actuaba de forma extraña. Se había quedado quieto a unos metros del barco, observándolo fijamente con la cabeza fuera del agua, y acto seguido había empezado a nadar hacia uno de sus lados a toda velocidad. El animal embistió violentamente al *Essex* y luego se colocó bajo el casco, golpeándolo con furia en repetidas ocasiones. Tras eso emergió al costado de la embarcación y se quedó inmóvil como si estuviese conmocionado. Chase, que estaba a bordo, pensó en arponearlo, pero se dio cuenta de que la enorme cola del animal estaba junto al timón y que cualquier movimiento del cachalote destrozaría esa vital pieza y los dejaría varados. La ballena volvió a ponerse en movimiento, se alejó y se encaró otra vez con el barco. Chase señalaría luego que el animal se movía al doble de su velocidad habitual, que llevaba la cabeza prácticamente fuera del agua y que parecía poseído por la rabia y la venganza. La bestia encastró la cabeza en la proa: el golpe fue tan brutal que hizo recular al navío. Una vez que pudo arrancarse de la maraña de maderos astillados, el cachalote desapareció.

Y dejó al *Essex* hundiéndose.

Tras pasar dos días rescatando lo poco rescatable, los 20 náufragos decidieron poner rumbo a las costas sudamericanas, tras oponerse a los planes de su capitán, que había señalado las islas Marquesas como destino más seguro. Las Marquesas, se rumoreaba,

estaban habitadas por caníbales, de modo que los navegantes iniciaron su periplo hacia América: para ello necesitaban cubrir 1600 km en dirección sur, hasta dar con los Vientos del Oeste, que los llevarían hasta Chile, 4800 km al este.

Si bien la comida y la bebida se racionaron desde un primer momento, a las dos semanas los hombres ya se habían comido todo y estaban bebiendo su propia orina. Justo cuando parecía que iban a morir de sed, dieron con la isla Henderson, en el archipiélago de las Pitcairn. Allí encontraron un pequeño manantial de agua dulce, y pudieron cazar cangrejos y aves, y comer huevos y algunas plantas. Lamentablemente, los recursos eran limitados: en una semana acabaron con buena parte de lo que podía comerse, y el 26 de diciembre llegaron a la conclusión de que morirían de hambre si se quedaban allí. Excepto tres hombres que decidieron permanecer en Henderson, librados a su suerte, los demás partieron al día siguiente, confiando en alcanzar la isla de Pascua. Sin embargo, a los tres días habían acabado con las provisiones de cangrejos y aves que llevaban, y para el 4 de enero entendieron que se habían desviado muy al sur como para alcanzar el destino programado.

Fue a partir de ese momento cuando, uno a uno, comenzaron a morir.

El bote en el que viajaba Chase se separó de los demás por una tormenta. Sus tripulantes fueron muriendo y, enfrentados a un destino más que cierto, los supervivientes resolvieron comer uno de los cadáveres para mantenerse con vida, el 8 de febrero de 1821. Una semana después, los tres hombres que aún se mantenían con vida en ese bote, Chase incluido, se habían quedado nuevamente sin comida. Milagrosamente, el día 18 de febrero fueron rescatados por el ballenero inglés *Indian*.

Para mediados del mes de enero, los otros dos botes también habían agotado sus provisiones, y tras un largo e imparable rosario de muertes, los que quedaban decidieron conservar los cadáveres como comida. Una de las embarcaciones fue arrastrada por una tormenta y los que iban en ella no volvieron a ser vistos. En la otra,

en la que viajaba el capitán Pollard, sobrevivieron tres hombres, que terminaron royendo hasta los últimos restos de los huesos de sus compañeros. El día 23 de febrero fueron rescatados, cuando casi tocaban las costas sudamericanas, por el ballenero *Dauphin*, también de Nantucket. Para entonces los hombres estaban prácticamente desquiciados.

Los que iban con Chase, tras unos días de reposo en el puerto chileno de Valparaíso, fueron transferidos a la fragata estadounidense *Constellation*. Antes habían dado instrucciones para que un carguero australiano fuese en busca de los que quedaron en la isla Henderson; milagrosamente, fueron rescatados con vida. El 17 de marzo, el grupo de Pollard se reunió con el de Chase, y juntos retornaron a su hogar.

Pollard volvió al mar en 1822, pero su ballenero encalló. Lo mismo sucedió con el mercante en el que embarcó luego, de modo que se ganó fama de *Jonah* (gafe) y nadie lo quiso a bordo. Tuvo que retirarse y terminó trabajando como el vigilante nocturno de Nantucket.

Para cuando Chase llegó a la isla, en junio de 1821, ya tenía una hija de más de un año. Cuatro meses después de su retorno terminó de escribir un relato del desastre, que tituló *Narrative of the Most Extraordinary and Distressing Shipwreck of the Whale-Ship Essex* ("Relato del extraordinario y angustioso naufragio del ballenero *Essex*"), y que Herman Melville usó como una de sus fuentes. Chase siguió navegando hasta que tuvo su propio ballenero, el *Charles Carrol*; continuó en el mar otras dos décadas antes de retirarse. Las memorias del órdago que tuvo que vivir lo persiguieron de por vida: ya de mayor sufría jaquecas y padecía terribles pesadillas. Al final de sus días comenzó a esconder comida en el ático de su casa, y tuvo que ser ingresado en un manicomio.

Thomas Nickerson, el muchachito que se embarcó con 14 años y que estuvo entre los supervivientes, se convirtió en un capitán del servicio mercante y escribió su propia versión de los hechos, que tituló *The Loss of the Ship Essex Sunk by a Whale and the*

Ordeal of the Crew in Open Boats ("La pérdida del *Essex*, hundido por una ballena, y el suplicio de la tripulación en botes abiertos"), y que fue publicada recién en 1984 por la *Nantucket Historical Association*.

Años más tarde se encontró un bote con varios esqueletos varado en una playa de una isla del Pacífico sur. Aunque jamás se pudo comprobar, muchos creyeron que allí estaba el bote perdido del *Essex*. El furibundo cachalote que hundió al ballenero, por su parte, jamás fue vuelto a ver.

El *Duchess of Albany*

"Muchísimas son las naves que naufragaron en estos escollos traicioneros formados por plataformas rocosas o restingas que desde la costa se prolongan por más de un kilómetro mar adentro. Algunas de estas naves ya han desaparecido destruidas por el continuo trabajo de las olas; otras en cambio están casi enteras por haber sido arrojadas en seco por las mareas más altas. Entre éstas, la que atrae particularmente mi atención es una nave de tres palos que lleva el nombre de *Duchessa d'Albania*. Supongo que sea italiana, pero no pude recoger ningún dato de su origen, ni de las causas de su naufragio".

Así escribió el misionero salesiano Alberto María de Agostini en "Treinta años en Tierra del Fuego" (Buenos Aire: Peuser, 1956, pp. 266-267), haciendo referencia a una de las naves naufragadas que vio cerca de Caleta Policarpo, durante su recorrido por la costa norte de la península Mitre, el extremo suroriental de la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Cuando De Agostini cruzó sus soledades, la península Mitre era uno de los lugares más inhóspitos e inaccesibles de Argentina. Hoy lo sigue siendo. En un reciente reportaje (mayo de 2014), un periodista de *La Nación* señaló que allí no existen caminos –es preciso desplazarse en helicóptero o a caballo– y que está habitado por algunos baqueanos solitarios que, refugiados en las ruinas de viejas estancias, se ocupan de arrear ganado cimarrón.

Como título de su artículo, el periodista llamó a aquel páramo "la península de los naufragios". Pues es, además, uno de los rincones del planeta en donde ha habido más encallamientos y hundimientos.

Probablemente uno de los más famosos –y de los que más curiosidad ha levantado, por su historia– haya sido el del *Duchessa d'Albania*. O, para ser exactos, el *Duchess of*

Albany: un gallardo buque de vela con casco de hierro provisto de tres palos y dos cubiertas, cuya nacionalidad era en realidad inglesa, y no italiana, como inventó De Agostini. Sus restos todavía yacen, con las maderas descompuestas y los metales corroídos por el salitre, cerca de la desembocadura del río Luz, a unos kilómetros de Caleta Policarpo.

Un poco más al sur de ese punto se alzan unas de las tantas de esas ruinas de estancias que jalonan la región: concretamente, las de la Estancia Policarpo, fundada por Roberto Bilbao en 1903 y abandonada 60 años después. El nombre es relevante porque, en su libro, De Agostini señala haberse alojado en esa estancia, y haber recorrido la zona a caballo con el hijo del propio Bilbao, que lo llevó a la costa a ver los barcos hundidos.

El *Duchess of Albany* procedía de Río de Janeiro y se dirigía a Valparaíso, en Chile. Como tantos otros barcos de la época, en lugar de atravesar el Estrecho de Magallanes –una travesía que, según los vientos, podía alargarse terriblemente– decidió atravesar el Estrecho de La Maire (que separa la isla de Tierra del Fuego de la de los Estados) y lanzarse a superar el mítico Cabo de Hornos. Aunque nunca se supo bien qué fue lo que ocurrió realmente, a las 4 de la madrugada del 13 de julio de 1893 una terrible tempestad invernal lanzó el navío contra unas rocas y lo hizo encallar. Pronto el barco se incendió. Sus 27 tripulantes –incluyendo al capitán, John Wilson– alcanzaron la costa y contemplaron cómo la nave ardía hasta que la lluvia fueguina terminó apagando todo.

El capitán y un puñado de sus hombres usaron uno de los botes de salvamento para llegar hasta la cercana Bahía Thetis, en donde sabían que había un destacamento del gobierno argentino. Tardaron tres días. El resto de la tripulación prefirió no arriesgarse e ir por tierra. Desde Bahía Thetis, Wilson envió baqueanos para buscar a su gente, pero solo encontraron a uno que se había separado del grupo.

Mientras el capitán y once tripulantes volvían a Reino Unido en el vapor *Britannia*, el vapor chileno *Amadeo* –con base en Punta Arenas, y del que De Agostini habla varias

veces en su libro— se lanzó a la búsqueda de los desaparecidos, exigiendo como pago el 80% de lo que pudiera recuperar de la carga del *Duchess*. Terminó encontrando a 13 supervivientes cerca de Bahía Thetis: habían sido recogidos y protegidos por los indígenas Selk'nam de la región.

Pero faltaban dos.

De uno de ellos, nunca se volvió a saber. Del otro terminó encontrando noticias el sacerdote Martín Gusinde hacia 1920. Así lo cuenta en su libro *Los Indios de Tierra del Fuego* (tomo 1, volumen II, "Los Shelk'nam", pp.790-791):

Durante la última ceremonia de Klóketen [iniciación masculina de los Selk'nam] me contó Tenenesk [célebre chamán Selk'nam, informante de Gusinde] lo siguiente.

"Mi primera esposa vivía aún cuando un barco fue arrojado por la tormenta a la costa oriental de la Isla Grande. ¡Un oleaje tan alto como en aquel entonces nunca más se vio! El barco se quebró en dos. Mucha gente pudo ponerse a salvo nadando hacia tierra. Nosotros les dimos carne, pues no tenían nada que comer. Al cabo de cuatro días llegó otro barco y todos los blancos se fueron con él. Sólo uno se quedó, un hombre joven, alto, de tez clara. Le gustaba estar entre nosotros, por eso no se fue con los otros. Desde entonces vivía con nosotros y aprendió a hablar nuestra lengua. Más tarde quiso tomar una esposa shelk'nam. Nosotros lo apreciábamos y estábamos de acuerdo que eligiera aquí una mujer. Pero antes de ello debía ser primero un Klóketen. Cuando nos reunimos nuevamente para las ceremonias secretas, esta vez junto al Lago Fagnano, ese europeo también vino con nosotros y participó como Klóketen.

Muchas lunas ya estábamos reunidos en la Choza Grande. Aún no había concluido el festejo, cuando el blanco murió. Allí mismo lo enterramos. Había

sido un hombre bueno. Justamente por eso le permitimos vivir entre nosotros y tuvo que ser un Klóketen. Nunca antes los ancianos habían permitido que un Koliot pisara la Choza Grande. Si alguno se hubiera acercado a ella, hubiera sido ultimado. ¡Pero toda la gente estimaba a este hombre bueno!"

En marzo de 1977 se recuperó el mascarón de proa del barco, que se exhibe en el Museo del Fin del Mundo, en Ushuaia, junto a algunos datos y códigos. Desde Gran Bretaña informaron entonces, entre otras cosas, que aquella nave había sido bautizada en honor a la esposa del Duque de Albany, Leopoldo, cuarto hijo de la reina Victoria. Era una dama de la nobleza alemana: la princesa Helena de Waldeck y Pyrmont. Por matrimonio, la Duquesa de Albany.

Los restos, con sus 253 pies de eslora, sus 40 pies de manga y sus 23 de calado, aún pueden ser visitados cuando la marea baja, cerca de Caleta Policarpo. En el mismo sitio en el que un asombrado misionero salesiano se lo encontró cuando amanecía el siglo XX.